

El recuerdo del peregrino de Loiola

Joseba Intxausti

Aunque algo tardíamente, desde Ventura Etxeberria (m. 1827) y la Historia de Rodríguez Pastor (1880), los estudiosos y amantes de Arantzazu han evocado con particular afecto y orgullo la figura de San Ignacio que en el invierno de 1521-1522 llegó al Santuario, tras su conversión en la casa natal de Loiola. Lizarralde trató de probar también la fecha hipotética de tal hecho: según él, habría sido el 6 de enero de 1522, en la fiesta de la Epifanía o de Reyes (Lizarralde 1950: 78-80, 206-213).

En las gestiones llevadas a cabo desde 1912 para solicitar a Roma el Patronato de la Virgen sobre la Provincia de Gipuzkoa, la vigilia penitencial de Iñigo en el Santuario de Arantzazu figura como la razón postrera y más definitiva para tal solicitud, razón que vuelve a repetirse en los comentarios oficiales a la concesión, y en el propio texto de ésta.

Al mismo tiempo, los historiadores de la Compañía de Jesús se han cuidado de aquella visita, tratando de desentrañar lo que significó la misma, en el inicio de su vida espiritual de peregrino, apoyándose en el análisis riguroso de los textos que pudieran iluminar el significado personal de la vigilia vivida ante la Andra Mari (Iriarte, 1927) y en el mejor conocimiento de las fuentes ignacianas (Galdós, 1918; Leturia, 1930).

1. IÑIGO EN ARANTZAZU (1522)

El hecho es que el recién convertido, en peregrinación a Montserrat, desvió un tanto su camino: *así cabalgando en una mula, otro hermano suyo quiso ir con él a Oñate, al cual persuadió [Iñigo] en el camino que quisiesen tener una vigilia en N. S. de Arantzazu*. Estas vigiliass eran conocidas, y conllevaban unas prácticas de piedad concretas (velada de oración, vía crucis, en ocasiones flagelaciones, etc.), prácticas que habrían de coincidir con la inmediata y dura experiencia penitencial de Iñigo, que lo llevaría, en su exceso, hasta enfermar.

Ignacio de Loiola debió de vivir aquí un momento religioso que dejó huella duradera en su memoria, al menos si hemos de creer a sus propias palabras, en carta a San Francisco de Borja:

Para mí os puedo decir que tengo particular causa para la dese- ar [es decir, desear la restauración del convento incendiado, en 1553]; porque cuando Dios N. S. me hizo merced para que yo hicie- se alguna mutación de mi vida, me acuerdo haber recibido algún pro- vecho en mi ánima velando en el cuerpo de aquella iglesia de noche.

El jesuita J. Iriarte creyó, razonadamente, haber iden- tificado nuestro Santuario como el lugar donde Iñigo hizo su voto de castidad, en cuyo caso Arantzazu vendría a ser un hito especialmente significativo en la historia espiritual del futuro Santo. En este punto su trabajo "Fijando el sitio del Voto de Castidad de San Ignacio de Loyola" (rev. *Arantzazu*. VIII, 1927, 7-15) es, al menos, de lectura obligada. Leturia, con todo su peso de historiador concienzudo, dio por bien sentada la hipótesis propuesta.

Por motivos obvios y valorando razones aducidas, asi- mismo los posteriores historiadores franciscanos han reafir- mado, no ya la presencia del Santo aquí (hecho no cuestiona- ble), sino el significado espiritual concreto de aquella noche. Lizarralde glosó largamente todo ello (rev. *Arantzazu*, 1927- 1929).

La literatura reciente del Santuario ha tenido concien- cia clara del valor histórico, simbólico y santuarial de aquella peregrinación, es decir, conciencia de que la visita y expe- riencia de San Ignacio, paralela a la de tantos otros peregrinos del país, acreditaba a aquel como "lugar de conversión y santidad". La antropología e historia religiosas de hoy estarí- an seguramente de acuerdo, al valorar hechos de esta índole como factores de afirmación de los centros devocionales que son los Santuarios.

2. PROTOTIPO DE PEREGRINO

Lizarralde vio al Santo de Loiola "como [el] tipo del peregrino que venimos describiendo", es decir, como uno

más entre los peregrinos de la época que llegaban a Aran- tzazu, aunque en este caso Ignacio viniera a ser más adelan- te, por su santidad canonizada, históricamente de excepción. Digamos que fue romero, entre los miles de romeros de nues- tro pueblo. Seguramente, la calificación de "peregrino del pueblo" no habría desagradado al Padre Ignacio que se desig- naba a sí mismo como "el peregrino", al dictar su *Autobiografía o Relato del peregrino* (1553).

Pero la subida de Ignacio al Santuario rebasa el alcan- ce meramente local y regional, y debe recordarse que este azpeitiarra que llega a Arantzazu es también el que vendrá a ser el prototipo de los peregrinos de la reforma católica del siglo XVI, en un momento en que el rechazo de los San- tuarios y la Peregrinación, como lugares y método de bús- queda espiritual, era general en la Reforma protestante (y a menudo con serias y bien fundadas razones), e igualmente en parte entre los humanistas católicos.

En ese contexto general y como expresión del peregrino ideal de la época y meta santuarial del mismo, respectiva- mente, Ignacio de Loiola y Arantzazu aparecen juntos en el siguiente texto de una reciente e importante historia de las peregrinaciones cristianas, de la mano del historiador R. Sauzet (véase *Les chemins de Dieu: Histoire des pélerinages chrétien- ne*. Paris, 1982. 243):

De hecho la peregrinación se encuentra en el corazón de la expe- riencia espiritual de Loiola. En el momento de su conversión, después de la herida que, en 1521, le había obligado a dejar la carrera de las armas, la primera prueba que él quiso afrontar fue la peregrinación de Jerusalén. Este viaje fue también, para él, un itinerario espiritual. Su ruta hacia Tierra Santa estuvo marcada por dos altos en lugares de peregrinación marianos: el Santuario vasco de Ntra. Sra. de Arantzazu y sobre todo el de la Virgen negra de Montserrat, la "Mare de Deu de les batalles" de los caballeros catalanes, a la que ofreció sus armas de gentilhombre.

No ha de extrañar que Ignacio se dirigiera a aquel Santuario catalán, ya que Montserrat era entonces un lugar de cita vivo para peregrinos de Euskal Herria, y así, en la primera peregrinación del neo-converso se unieron una advocación mariana local bien arraigada con otra de ámbito peninsular más amplio.

3. IÑIGO Y SUS HIJOS

Sabemos, pues, que aquella velada en Arantzazu estampó un recuerdo durable en el ánimo de Ignacio de Loiola, fundador de la Compañía de Jesús y Patrono de Guipúzcoa como lo es la Andra Mari de Aloña. Y Arantzazu, en el V. Centenario, debe recordar aquella vigilia como un momento señalado de su historia y quién sabe si como parte explicativa de algunos rasgos franciscanos del espíritu ignaciano.

Los ecos contemporáneos de aquel encuentro con la Andra Mari de Aloña se han prolongado hasta nosotros en diversos episodios en que los hijos del Santo, los jesuitas, se han hecho presentes en Arantzazu.

A este propósito es obligado traer a la memoria el nombre del Padre José Arana SJ (1838-1896). El Padre Arana había sido alumno de la Preceptoría del Santuario, era azkoitarría como el restaurador de la Comunidad J. E. Epelde con el que se cartió, fue autor de una biografía bilingüe de San Ignacio y, por cierto, letrista también del himno del Santuario que todos conocemos, "Arantzazuko". A él se debieron ciertamente la idea y probablemente el texto de la lápida que, en el antiguo pórtico de la iglesia, recordaba la venida de San Ignacio.

Más adelante y en circunstancias distintas, los hijos de San Ignacio y de San Francisco han coincidido tanto aquí como en Loiola, colectiva o individualmente. Se puede dar algún apunte al respecto. En el siglo xx ha habido, al menos,

tres fechas particularmente elegidas por los jesuitas (1922, 1956, 1972), para recordar el encuentro de Iñigo con la Andra Mari de Arantzazu.

El centenario del propio suceso fue conmemorado en 1922, y dio lugar a que en la recién fundada rev. *Arantzazu* se abordara el tema, con una reiteración inusitada. Es también la fecha en que los peregrinos donostiarras colocaron una lápida -al pie del busto de San Ignacio instalado anteriormente en el pórtico del Santuario (1884)-, conmemorando la visita de Iñigo.

La Compañía de Jesús no pasó por alto la fecha, y la reliquia del Santo subió a Arantzazu el 8 de setiembre, en manos del Obispo de la Diócesis, y acompañada del Presidente de la Diputación, D. Julián Elorza y los Padres jesuitas

■ MONTSERRAT
Kataluniako Santutegi honek bere lekua zuen Euskal Herriko erlijiotasunean, aurreko mendeetan. Ez da, hortaz, harritzekoa San Ignaziok harako bidea hartzea, bere bihotz-berritzeko unean. San Ignazio erromesaren bideak bi Santutegiak lotu zituen, Arantzazu eta Montserrat, Jerusalemeko asmoan.

MONTSERRAT
En siglos pasados el Santuario y Monasterio de Montserrat tuvo un trato de preferencia por parte de los devotos y las Instituciones de Euskal Herria. Ello explica la elección del mismo por Iñigo de Loiola que en su ruta peregrina hacia Jerusalén unió los dos Santuarios marianos de Arantzazu y Montserrat.



Ibero, Arregi, Aizpuru y Galdós. El P. Baertel, predicador franciscano de memorable historia, fue el predicador de la ocasión, tres meses y medio antes de su muerte. Se cantaron tanto el "Arantzazuko" como el himno de San Ignacio, "con un efecto electrizante", dice el cronista, y en la propia fiesta de la Virgen, "a las cuatro de la tarde, despedida cariñosamente entre atronadores vivas y aplausos, sale la venerada reliquia de S. Ignacio para tierras de Vizcaya".

Sin duda, el Padre Romualdo Galdós –jesuita eibarrés y precisamente sobrino de un franciscano ilustre (Padre D. Baertel)– es aquí el adalid por recuperar la memoria "vascomariana" de San Ignacio, lo fue en 1918, y vuelve a ser al menos en 1932 y creo recordar que en los cincuenta, predicando en la festividad de la Virgen; con él, otros jesuitas continuaron la labor a través de la predicación: Laspiur (1932), Beristain (1932), Gordoia (1952), Guridi (1972), Gaztelumendi, etc.

Por esa fecha de 1932, la disolución de la Compañía de Jesús por la II República dio lugar a que los jesuitas buscaran cobijos de emergencia. Un grupo se acogió nomentáneamente al Santuario, y el vitoriano Padre Raimundo Olabide, con un importante proyecto cultural entre manos (la traducción de la Biblia al euskera), recaló también aquí, considerando el Santuario como adecuado lugar de trabajo. Aquí residió hasta el 20 de mayo de 1935, fecha en la que se trasladó a Gernika, según nos lo dice la Crónica del Convento. Los jóvenes franciscanos de la época, hoy ya ancianos, lo recuerdan aún como un ejemplo cultural estimulante.

La fecha coincidente del Año Jubilar de Arantzazu (1955-1956) y del IV Centenario de la muerte de San Ignacio (1556-1956) dio también ocasión para estos encuentros, que casi contemporáneamente fueron acompañados por el magisterio de jesuitas que acudieron a Arantzazu, por ejemplo, a exponer la metodología ignaciana de los Ejercicios Espiri-

LOIOLA ETA ARANTZAZU

Loiola eta Arantzazu. Hurbiltasun eta ñabar-durak agerian daude: Santu bat eta Andra Maria, josulagunak eta frantziskotarrak. Euskal Herriko erlijiotasunean bi presentzia modu; baina batez ere biak erlijiotasunera irekitako leihoak. Misterioaren bilaketa da San Ignacio Arantzazura erakarri zuena. Bi Santutegien arteko kidesasuna erakusten du argazkiak, Antonio Oteiza kaputxinoaren irudi bikain honekin (2021).

LOIOLA Y ARANTZAZU

Los dos Centros religiosos se nos muestran como una sugerencia plural y entrelazada en la búsqueda del don religioso: San Ignacio buscó en el Santuario mariano la "gracia del misterio" que lo transformara, y Arantzazu recuerda al Santo de Loiola como su modelo del peregrino cristiano. Foto: Escultura "San Ignacio y la Virgen de Arantzazu", del capuchino Antonio Oteiza (2001).



tuales. En octubre de 1955 la Comunidad de Loyola acudió, de nuevo, con la reliquia del Santo a Arantzazu, y el Provincial y Superiores de la Provincia jesuítica lo hicieron en enero de 1956. La imagen de la Virgen inició su ruta peregrina por Euskal Herria, visitando en su primera salida el Santuario de Loiola el 11 de marzo de 1956, y repitiendo la visita, con una Asamblea de terciarios franciscanos, en fecha posterior (7 de abril).

Los 450 años de la subida de Iñigo a Arantzazu fueron institucionalmente expresados, en 1972, con una visita colectiva de los jesuitas a este Santuario: en día elegido de la Novena, 60 miembros de la Compañía llegaron presididos por el Provincial, Padre Jesús Oñate, rememoraron parte de la ruta espiritual de su fundador. Hubo una comida de fra-

ternización entre los religiosos de ambos Santuarios guipuzcoanos.

Hoy, en el V. Centenario, renovada su Gogartetxea o Casa de Ejercicios, Arantzazu apuesta de nuevo por la reflexión personalizada de la fe; es decir, por lo que como objetivo final Iñigo de Loiola apostara otrora sirviéndose de la vía de los Ejercicios Espirituales. En esta fecha conmemorativa las afinidades entre Loiola y Arantzazu se han visto subrayadas por una referencia explícita.

La obra escultórica del capuchino Antonio de Oteiza (hermano de nuestro Jorge), levantada en 2001 en la campa de Loiola y a la vera de la Casa Natal, ha hermanado una vez más a los dos Santuarios guipuzcoanos.